



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año VI ✧ nº. 35 ✧ 3 de Junio de 2012

Evangelio de este Domingo

Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt 28, 16-20).

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les habla indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra».

«Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado».

«Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Mateo (Mt 28, 16-20).
- T. Misionero: P. Luis Ruiz Suárez, 80 años de vida misionera (I).
- Magisterio: Vaticano II: (GS 17, 18). La Libertad. La muerte.
- V. Cristiana: La oración del Señor, EL PADRE NUESTRO.

P. Luis Ruiz Suárez, 80 años de vida misionera (I).

El padre Ruiz, que dejó España cuando tenía tan solo 18 años de edad, no ha parado desde entonces de trabajar en numerosos países por los más necesitados, y se ha convertido en un verdadero símbolo en Macao y Guandong, donde comenzó su andadura con los leprosos. *«Es que estos últimos 74 años he estado por ahí, por estos mundos de Dios, ¿sabe usted?»*, argumenta *«Cuando ves la pobreza no puedes cruzarte de brazos»*, aseguraba el P. Ruiz hace unos años. Su labor, su identificación con los pobres, el cariño con que los trata y la absoluta pobreza en la que convive con ellos hacen de él un auténtico **Evangelio viviente**.



*«Soy jesuita, de Gijón, nacido en 1913. En 1930 ingresé en la Compañía de Jesús, y al año siguiente fui expulsado de España por el gobierno de la República. Ya después de los primeros votos, pedí la misión de China, pero por la convulsión de aquel tiempo fui enviado a Cuba. Por fin, en 1941 salí para dos años de estudio del chino en Pekín, pero la guerra del Pacífico, entre Japón y Estados Unidos me obligó a ir a Shanghai, donde estudié Teología (...). En 1945 me cayó el premio gordo con la **ordenación sacerdotal** de manos de un obispo chino. Después empecé a visitar los centros de misión a lo largo de la diócesis de Anking. Caminaba a pie 60 u 80 kilómetros, día tras día. Eran tiempos peligrosos, pues las guerrillas comunistas ya andaban cerca; en 1951, ocuparon nuestra misión, me tuvieron prisionero en casa, donde enfermé de tifoidea, me expulsaron de China y mis superiores entonces me enviaron a Macao, que era colonia portuguesa.»*

*«Macao, en 1951, era una ciudad muy pobre, llena de refugiados que huían del régimen comunista y que llegaban con lo que tenían puesto, sin poder comunicarse y sin trabajo; y en medio de ellos me encontré yo, con mi pobre mandarín para entenderme con ellos, y sin dinero. Olvidé mi enfermedad, porque tenía que dar salida a todas esas pobres familias. Conseguimos de los americanos arroz, harina y otras cosas, que repartíamos entre los refugiados. Hacía de todo, hasta de cargador de sacos de arroz; pero muy feliz... Les buscábamos casa y nos ocupábamos de la educación de sus niños: así nació el hoy famoso **Colegio Ricci** y lo que más tarde fue **Cáritas Macao**. Hasta 30.000 refugiados chinos llegaron a pasar por nuestra misión. También solicité al señor obispo que nos prestara una iglesia cercana que estaba cerrada, y así, como Cristo, iba haciendo el bien por todas partes y después anunciaba la Buena Nueva. Los primeros bautizos fueron en la Navidad de 1952. El número creció hasta llegar a unos 5.000 bautizados, extendidos por todo el mundo.»*

-¿Y cómo ha conseguido el dinero necesario?- le preguntaron.

-«Yo no lo consigo; el dinero me llega. Nunca pido; el Señor me lo envía. El Señor a veces envía unas gotitas y a veces una lluvia torrencial de dólares. Tenemos más de 100.000 euros al mes en donativos. Yo no me comprendo ni a mí mismo: físicamente tengo 90 años, y aún aguanto. El dinero, sencillamente, llega».

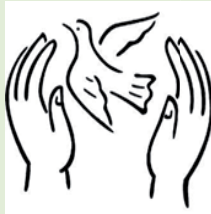
«En 1986, me encontré con el mundo olvidado de los leprosos. Comencé a trabajar en la provincia de Guangdong. Allí, en una isla, tenían tirados a todos los leprosos. Una noche fuimos en una lancha de pesca hacia la isla. Debería habernos visto; parecíamos contrabandistas. Yo llevaba cigarrillos para repartirlos entre los leprosos. Cuando llegamos a la isla, vimos algo que no se me olvidará jamás».

(El testimonio del P. Luis Ruiz Suárez continuará en la HS del próximo domingo)

Vaticano II: (GS 17, 18). La Libertad. La Muerte.

GRANDEZA DE LA LIBERTAD

17. La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad, la cual posee un valor que nuestros contemporáneos ensalzan con entusiasmo. Y con toda razón. Con frecuencia, sin embargo, la fomentan de forma depravada, como si fuera pura licencia para hacer cualquier cosa, con tal que deleite, aunque sea mala. **La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre.** Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección. **La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa.** **El hombre logra esta dignidad cuando, liberado totalmente de la cautividad de las pasiones, tiende a su fin con la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes.** La libertad humana, herida por el pecado, para dar la máxima eficacia a esta ordenación a Dios, ha de apoyarse necesariamente en la gracia de Dios. **Cada cual tendrá que dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios según la conducta buena o mala que haya observado.**



EL MISTERIO DE LA MUERTE

18. El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. **Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo.** La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología **no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.**

Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, **la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre.** La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a El con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. **Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.** Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre **y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera.**

Vida Cristiana: La oración del Señor, EL PADRE NUESTRO.

«Estando él [Jesús] en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: **“Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”**» (Lc 11, 1). En respuesta a esta petición, el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental. San Mateo da de ella una versión desarrollada con siete peticiones (cf Mt 6, 9-13). La tradición litúrgica de la Iglesia ha conservado el texto de San Mateo:



Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

RESUMEN DE TODO EL EVANGELIO

“La oración del Señor o dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio” (Tertuliano, *De oratione*, 1, 6). «Cuando el Señor hubo legado esta fórmula de oración, añadió: “Pedid y se os dará” (Lc 11, 9). Por tanto, cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental» (Tertuliano, *De oratione*, 10).

CORAZÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Después de haber expuesto cómo los salmos son el alimento principal de la oración cristiana y confluyen en las peticiones del Padre Nuestro, San Agustín concluye: «Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical» (*Epistula* 130, 12, 22). Toda la Escritura (la Ley, los Profetas, y los Salmos) se cumplen en Cristo (cf Lc 24, 44).

El evangelio es esta “Buena Nueva”. Su primer anuncio está resumido por san Mateo en el Sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor: «La oración dominical, u oración del Señor, es la más perfecta de las oraciones [...] En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también llena toda nuestra afectividad» (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, 2-2, q. 83, a. 9).

El Sermón de la Montaña es doctrina de vida, la Oración dominical es plegaria, pero en uno y otra el Espíritu del Señor da forma nueva a nuestros deseos, esos movimientos interiores que animan nuestra vida. Jesús nos enseña esta vida nueva por medio de sus palabras y nos enseña a pedirla por medio de la oración. De la rectitud de nuestra oración dependerá la de nuestra vida en Él.

Catecismo de la Iglesia Católica